

G. Orwell "1984" y la Evolución de la Moral

Francisco Interdonato S.J.

1. *Introducción:*

La novela de George Orwell —terminada de escribir en 1949— llamada "Mil Novecientos Ochenta y Cuatro" se inscribe en el género de las Utopías; pero tétrica y de los presagios más funestos. Distinta, por tanto, de las "utopías clásicas", estructuradas sobre el modelo de la "República" de Platón que había ensayado diseñar un Estado ideal. Tomás Moro (1478-1535) le dio el nombre al designar su república ideal con el nombre de "Utopía", una isla imaginaria. La finalidad de su libro, publicado en 1518, le daba su título completo en latín: "de optimo statu rei publicae deque nova insula utopia" (de la República óptima y de la nueva isla Utopia) en la que el ex-Canciller de Enrique VIII y futuro mártir de la rectitud de conciencia sitúa sus imaginarias instituciones estatales y civiles. Sobre análogo esquema, Tomás Campanella (1568-1639) compone su "Civitas Solis" ("Ciudad del Sol") con parecidas finalidades.

Más que estas visiones ideales, Orwell es artífice de una república siniestra a la manera de "Un Mundo Feliz" de Aldous Huxley, escrito menos de dos décadas antes (1932) en que la deshumanización toca fondo, aunque por motivos y finalidades distintas reflejadas en el irónico título.

2. *Breves notas sobre George Orwell:*

Nació Eric Arthur Blair en 1903 en la India donde su padre era empleado civil del Imperio Británico; y murió tuberculoso en 1950, siete meses después de publicada su famosa novela. Durante su corta vida desempeñó una serie de oficios: Policía, lavaplatos, maestro de escuela, empleado en una librería, periodista. En 1937 se enrola en el lado republicano de la guerra civil española, que le sirvió para la más profunda y radical decepción del sistema comunista. Vuelve a Inglaterra y se dedica con pasión a escribir. Muy significativa fue su obra "La Granja de los Animales" (o "Rebelión en la Granja") especie de fábula a lo Esopo; pero su principal novela fue "1984".

3. *Presentación general de la novela "1984"*: (Nuestras citas serán de la traducción de Arturo Bray, Ed. G. Kraft, Buenos Aires, 1950).

El asunto esquemáticamente es la descripción de la tierra en un futuro que él sitúa en "1984", pero pudo ser otra fecha. El mundo está dividido en tres grandes Superestados: Oceanía, Estasia y Eurasia. Su doctrina y estructura es prácticamente igual. Orwell describe sólo a Oceanía, una de cuyas Provincias es Inglaterra. Su doctrina política es el Ingsoc (= socialismo inglés) una dictadura de acero que controla inexorablemente entendimiento (con la Policía del Pensamiento), voluntad, alma y cuerpo. Dominada por el Hermano Grande. Con los medios de vigilancia y reeducación que le proporciona la técnica (la "Telepantalla") y auxilio de ciencias aplicadas y reflejos condicionados con ensayos frecuentes de "Dos minutos de odio", "Semana de odio", etc., con lo que, sobre los escombros de la amnesia colectiva respecto del pasado, ha estructurado una nueva sociedad, cuya vida es la descrita en la novela y se puede sintetizar en los tres lemas generales que se inculcan por todos los medios: 1) La Guerra es Paz; 2) La Libertad es Esclavitud; 3) La Ignorancia es Fuerza. Esta inversión se logra por los cuatro ministerios que tiene el Estado:

- a. El Ministerio de la Verdad ("Miniver") que corría con propaganda noticias, bellas artes, etc.;
- b. El "Ministerio de la Paz" ("Minipax"), que corría con la guerra;
- c. El Ministerio del Amor, para mantener el orden y la legalidad ("Miniamor");
- d. El Ministerio de la Abundancia ("Miniabunda") que corría con la economía.

El idioma oficial es el "Neohabla", aunque todos sabían inglés. Si se quiere señalar una característica principal es el dominio absoluto por parte del Estado: "En tiempos pasados aún los déspotas estaban imbuídos de ciertas ideas liberales y toleraban que quedaran ciertos cabos sueltos..." (p. 246).

El gobierno es participado bajo el Hermano Grande (síntesis de todas las virtudes), por el Consejo (los Burócratas) unos seis millones de personas (menos del 2% de los habitantes) y los Afiliados al Partido. El resto, sin ningún privilegio, lo constituye la masa de los Plebeyos, el 85% de los habitantes. El ingreso a cualquiera de estas categorías no era hereditario sino por una especie de examen a los 16 años.

4. *El régimen político: el Partido es el "Ingsoc"*: (Socialismo Inglés)

No es el comunismo ni ningún totalitarismo del pasado, pues habla de estos como imperfectos y superados: "El comunismo ruso los torturaba

(a los disidentes y enemigos) después de arrancarles arrepentimiento; pero como se forzaba ese arrepentimiento, otra vez el baldón caía sobre los victimarios" (p. 303). "...incluso las víctimas de las purgas rusas eran dueños de conservar en su espíritu una actitud rebelde antes de enfrentarse al piquete de ejecución. Nosotros en cambio, perfeccionamos el cerebro antes de hacerle saltar en pedazos. El mandamiento de los viejos despotismos era: "No harás; el de los totalitarios, *harás*; el nuestro es: *serás*" (pp. 304-5).

Se trata de algo nuevo, sin precedentes. No ha existido ni existe ahora en ninguna parte. Por tanto la pregunta o tesis de fondo del libro creo que podemos fijara así: ¿Es posible el advenimiento de un mundo como el que describe aquí Orwell? En seguida uno puede objetar: ¡No! ¡Es "Utopía"...! Nosotros adoptamos, en cambio, el juicio general que N. Berdiaeff daba sobre las "utopías" y que Huxley puso en la portada de su "Utopía": "Las utopías parecen hoy mucho más realizables de lo que se creía antaño. Y actualmente nos hallamos ante una pregunta realmente angustiada: ¿Cómo evitar su realización definitiva?...".

Nos parece evidente que Orwell escribió esta *utopía* no porque no pueda realizarse sino *para* que no se realice. La avisora ficticiamente, con estilo de profecía "ex evento" (por lo ya presente). La visión del futuro no tiene planos, y al poner planos en una novela-historia-proléptica, lo principal no es uno que otro detalle quizá inverosímil, sino la verdad de fondo: El totalitarismo absoluto, deshumanizante, es el árbol maldito. Y el bosque no debe impedir ver el árbol. Nuestro análisis, a base de SUS PALABRAS, hace hincapié en el aspecto moral. Moral *natural*, *humana*, no la confesional cristiana, ni de ninguna otra religión.

5. *Proposición moral de Orwell: ¿Por qué 1984?*

¿Por qué sitúa tan cerca su "Utopía"? En realidad es cerca y remota a diferencia, por ej., del "Mundo Feliz" de Huxley, que lo pone en época remota, indeterminada (año 632 de la era fordiana). Orwell le dio fecha próxima, sin duda para poder establecer comparación con el tiempo pasado: "Tiempos en que aún se conocía la vida privada y existía el amor y la consecuencia y la lealtad entre los miembros de una misma familia" (p. 42).

Es una fecha próxima y precisa porque no se trata de *cuándo*, sino de evitarlo a tiempo y no juzgarlo imposible. El año no importa. Se dirige al porvenir y al pasado; da lo mismo. Lo importante es su carácter de *Utopía Admonitoria*, el no tener que lamentar: "No debimos haber confiado en ellos... Todo esto viene por haber pecado de ingenuos" (p. 46). Quiere evitar pecar de *ingenuo*. Cosa muy difícil según la novela. Su protagonista, Winston Smith comienza el Diario el 4 de abril 1984 así: "¿Cómo pretender tomar contacto con los tiempos venideros? (p. 15).

En efecto si el lector está en ese régimen que él describe, no se le podrá prestar oído, ni se le entenderá; y si todavía no ha venido ese totalitarismo, ¡tampoco!... ¿Cómo sacudir esta fatalidad? ¡No se cree si no sucede; y cuando sucede, ya es tarde! Pero como Solshenitzyn, como Huxley, como Dante, Orwell no puede dejar de describirlo, porque la última palabra la tiene siempre la esperanza, que es el alma de la utopía y por eso describe ese totalitarismo con los caracteres más impresionantes, que la hace al mismo tiempo ficción y realidad, filosofía y política, de una profundidad tanto más sorprendente cuanto no parece que Orwell haya tenido formación académica. Vamos a organizar a nuestro modo la descripción de ese mundo, pero con sus palabras. Insistimos en que lo decisivo para no caer en ese infierno en la tierra es la preservación de los valores morales y religiosos.

6. *El círculo diabólico del Estado:*

A. *Inmoral ordenamiento jurídico:*

En Oceanía no hay leyes, y "nada era delito, desde que ya no existían leyes" (p. 14). El "nada era delito" en las antiguas utopías significaba que ya *no se cometían*: "El concepto de un paraíso terrenal, donde los hombres convivieran en la más absoluta fraternidad, sin leyes ni labores agotadoras, constituyó el sueño de la humanidad por miles de años" (p. 245). No sucede así en la moderna utopía de Orwell.

¿Utopía? ¡No!, es una realidad que ya comenzó en fecha real: "Hacia 1930 no sólo volvieron a ponerse en práctica ciertos procedimientos ya abolidos siglos atrás, sino que fueron apoyados por personas que se decían cultas y progresistas: El encarcelamiento sin juicio previo, la reducción a esclavitud de los prisioneros de guerra, las ejecuciones en masa, los instrumentos de torturas, el fusilamiento de rehenes y la deportación de poblaciones enteras" (p. 245). Si no se reconoce como malo al mal, este viene inexorablemente. Por eso decimos que el fondo del problema político, es el problema moral. Lo que Orwell añade: "Aquellos pensamientos y acciones castigados con la pena de muerte no están expresamente prohibidos por ninguna ley, y las interminables purgas, depuraciones, torturas, encarcelamientos y evaporaciones, no constituyen sanciones por delitos cometidos" (p. 253). "Si todo eso se reglamentara, se pondrían al descubierto, los postulados de Ingsoc" (p. 254). Ese es el Estado demonizado: Donde no gobierna la ley sino el tirano. La pregunta es, si existe eso en buena medida en nuestro mundo y si es suficiente clarinada.

B. *Inmoral concepción del Poder:*

La concepción, el ejercicio y la finalidad del poder en este Estado, imaginario en cuanto a su existencia concreta, pero real en tantos rasgos, es realmente diabólico: "El Partido quiere el poder por el poder, sin

rodeos, lisa y llanamente. No nos interesa el bienestar de los demás: sólo nos interesa el poder. . . Los nazis y los rusos se nos acercaban un tanto por sus procedimientos, pero les faltó el valor para proclamar con entera franqueza el móvil que les inspiraba. . . Nosotros sabemos que los que detentan el poder no tienen la más mínima intención de desprenderse de él. El poder no es un medio sino fin. No se implanta la dictadura para salvar una revolución, sino que se hace la revolución para imponer una dictadura. El objetivo de la persecución es la persecución; el móvil de la tortura es la tortura; el objeto del poder es el poder" (p. 314).

El problema moral, más que simplemente abolido, es transpuesto en términos políticos: "el ser humano está condenado a morir y es la muerte la más grande de sus derrotas. Pero si el individuo se somete en forma absoluta, haciendo completa abstracción de su personalidad, si puede *desleírse* en el Partido, entonces será inmortal y omnipotente" (p. 315). ¿No está esto en germen en la Escatología Marxista, por ej., como es descrita por Garaudy y que fue iniciada por Feurbach al transponer así un antiguo aforismo: "Homo Homini, Deus Est?" (El hombre es Dios para el hombre). Si esta caricatura inicial, no es desenmascarada, la perversidad del poder no tiene límites: "¿De qué modo ejerce un hombre su influencia sobre los otros? Haciéndolos sufrir. Eso mismo: haciéndolos sufrir. No basta la subordinación. A menos que el subordinado sufra ¿cómo saber que obra por propia voluntad y no influido por la de quien le manda?". (p. 318). Con siniestra lógica concluye: "Cuanto más poderoso el Partido, menos tolerante; cuanto más decaída la oposición, más implacable el despotismo. . . Siempre habrá un disidente a nuestras plantas aullando de dolor, vencido y escarnecido y, al final, arrepentido, impotente y besando las manos de sus verdugos por propia y espontánea voluntad" (p. 320). Debe repararse en lo de arrepentido. ¿Arrepentido de qué? ¡De ser persona individual! ¿Cómo se reduce al hombre a esta última perversión?

7. *Los instrumentos de destrucción del hombre:*

A. *La técnica de la educación deshumanizante:*

"La invención de la imprenta vino a facilitar el dominio de la opinión pública, y el cinematógrafo y la radio ampliaron aún más ese dominio" (p. 246). Estos recursos técnicos estarán exclusivamente al servicio del "Departamento de la Fantasía" donde se fabrican novelas y otros productos literarios; pero en particular se estructuran los "Dos Minutos de Odio" y la "Semana de Odio". La distribución de los "Dos Minutos de Odio" sigue un dinamismo calculado para suscitarlo. Se comienza leyendo de un libro atribuido a un autor, Goldstein, "de rasgos semitas" que es la personificación del mal. En realidad tanto el libro como el autor habían sido fraguados por el "Departamento de la Fantasía", pero esto nadie lo sabía. Estaban convencidos de que era un traidor al Partido que insul-

taba al Hermano Grande, que quería que se concertara la paz con Eurasia, que pedía libertad de palabra, de prensa... A los 30 segundos del Odio los espectadores comienzan a dar rienda suelta a exclamaciones de furor incontenible contra Goldstein, Eurasia y Estasia y contra la "hermandad" que Goldstein había fundado para derribar al Estado.

El presunto libro no lleva título, se llama simplemente "El Libro", que nadie conocía, pero todos odiaban. El programa automáticamente (por reflejos condicionados) producía: "Un tremendo éxtasis de terror y de impulsos de venganza, un anhelo de matar y destrozarse cráneos a golpes de martillo, se apoderaba del público como una poderosa corriente eléctrica, haciendo que aún sin quererlo, se convirtiera uno en un desequilibrado mental, de aullidos espantosos y muecas horribles" (p. 23). Al final aparece el rostro de serenidad grandiosa del Hermano Grande y los lemas del Partido (La guerra es paz; la libertad, esclavitud; la ignorancia, fuerza). Todos coreaban por medio minuto: "Hermano Grande", como un cántico sagrado. Y la "Policía del Pensamiento" apresaba a algunos.

El Estado de Guerra permanente será otro resorte para mantener tanto el Estado, cuanto la mística del Partido y el adoctrinamiento condicionado del pueblo. Esto es sumamente revelador, porque ya es practicado por los regímenes totalitarios. El sentido moral exige pues, promover la moral también en las relaciones internacionales para que no evolucione en la pesadilla avisorada por Orwell. Según ésta los tres superestados (de doctrina muy parecida) Oceanía, Eurasia y Estasia se hallan en continua guerra, con tal equilibrio de fuerzas que nadie puede ser vencido. Los pretextos son: Algunos países superpoblados que cambian de mano en mano, y disputas sobre el Círculo Polar Ártico. El verdadero motivo es: "El primordial objetivo de toda guerra moderna es consumir el producto total del maquinismo sin elevar por eso el nivel general de vida" (p. 225).

Parece inverosímil; pero hay razones siniestras, lógicas en el sistema: "La guerra es un medio de dar salida a cuantiosos materiales que en caso contrario podrían ser utilizados para hacer a los pueblos excesivamente prósperos y, en consecuencia, con su eficiente educación para adquirir conciencia de su propia fuerza... sirven para fabricar armas cuya producción constituye siempre un método cómodo para absorber la capacidad de trabajo de la población sin proporcionar ningún elemento de consumo para esa misma población. Una Fortaleza Volante, por ej., absorbe una mano de obra que bastaría para construir centenares de barcos mercantes. A la larga esas Fortalezas deben ser irradiadas, por no estar a tono ya con los progresos de la guerra y sin haber reportado beneficio alguno a la humanidad; seguidamente se procede a construir nuevos modelos, que vuelven a absorber más brazos y mano de obra" (pp. 228-9). Es la situación presente en los Países Socialistas: la economía no está al servicio del hombre sino de la política; como la política no está al servicio de la economía, sino del Partido y del Estado todopoderoso.

Mucho más sutil —y no menos inmoral— es la otra finalidad de la guerra: mantener la mística revolucionaria: “El saber al país en estado de guerra y, por lo tanto, en inminente peligro, contribuye a que las masas comprendan la lógica de entregar el poder a una reducida casta, como condición indispensable para seguir existiendo” (p. 229).

Si alguien pregunta ¿no se podrían destruir los bienes de otra manera que no fuera la guerra? Sí, pero con ello se proporcionaría la base económica mas no la emocional del miembro del Partido: “Se requiere de él que sea un fanático iluso y crédulo en cuyo estado emotivo prevalecen el temor, el odio, el servilismo y un constante frenesí de exaltaciones patriotas, provocado por las victorias militares. En otros términos, es necesario que todo afiliado sea dueño de una mentalidad apropiada al estado de guerra” (p. 230). La guerra ha pasado así a ser un mero factor de la política interna. Mantiene intacta una determinada estructura social. Hace verdadero el lema: La guerra es paz; pero la paz de la uniformidad, de la soledad vigilada por el Hermano Grande.

La destrucción del pasado y de la privacidad:

La destrucción del pasado es un pre-requisito para destruir la historia, y con ella la identidad propia, la intimidad con otros y consigo mismo. Esta dimensión aniquiladora, sin precedente en la historia de las tiranías espanta con razón a Orwell: “Más aterrador que los tormentos y la propia muerte debía ser el hecho de que el Partido tuviera la facultad de apoderarse del pasado y afirmar que tal o cual suceso *no había ocurrido jamás*. . . entonces la mentira se hace historia y pasa a ser verdad: “Quien es dueño del pasado —rezaba el lema del Partido— domina el porvenir; el que es dueño del presente domina el pasado” (p. 47). Y —se puede añadir—, es dueño también de la privacidad, porque ésta se alimenta de su propia historia. Sólo hay historia donde hay actos libres y donde uno posee su pasado que ilumina el presente y prepara el porvenir; si esta historia se corta, no hay vida propia, es decir, privada; y por tanto; tampoco ética.

La destrucción total de la privacidad es consumada por una técnica satánica: La *telepantalla*, instalada en toda habitación, de manera patente u oculta, que lo observa y registra *todo*: “Con el desarrollo de la televisión y los adelantos técnicos que permiten recibir y transmitir a un mismo tiempo en un solo aparato, se asestó el tiro de gracia a la vida privada. Todo ciudadano podía ser acechado por la policía y asediado por la propaganda” (p. 247). Y en todo el relato esto sucede de manera escalofriante. Es sentirse mirado constantemente por alguien a quien no se ve ni es posible ver y cuya mirada es universalmente temida y temible. En teoría ningún afiliado al Partido debía disponer de tiempo libre. Se presumía que cuando no estuviera trabajando, comiendo o durmiendo, estaría tomando parte en algún esparcimiento colectivo; nunca en privado, y menos

con seres amados. Incluso tomarse un paseo, constituía motivo de sospecha. "Neohabla tenía un vocablo para expresarlo: *Propiavida* se llamaba a eso, como expresión de individualismo y excentricidad" (p. 103).

8. *La educación de los niños y la vida de familia:*

La evolución moral respecto de los niños y la familia en general, tiende a algo parecido a lo que era la tesis central de Huxley, y que Orwell formula así: Los niños "debían ser engendrados por medios artificiales y educados en establecimientos del Estado" (p. 85).

El principio y el fin de esta educación va mucho más allá de cualquier realidad o ficción: "Pretendían las caducas civilizaciones estar fundadas en la caridad y en la justicia... La nuestra tiene por base el odio" (p. 319). Es el odio experimentado y profesado fríamente, hecho connatural mediante métodos que pervierten previamente la cualidad reina del hombre, la inteligencia, por la cual un día saltó el umbral de la animadversión. A estos métodos Orwell los llama (enumera tres) el "Nodelito", "Blanconegro" y "Doblepensar", que son al mismo tiempo métodos y metas de la educación del afiliado al Partido:

Nodelito: "es el embrutecimiento intelectual preventivo" (p. 254), a fin de no percibir las analogías más evidentes y los argumentos más simples cuando ellos son contrarios a los postulados de Ingsoc.

Blanconegro: Designa la fe ciega en el Hermano Grande, con flexibilidad instantánea en la apreciación de los hechos. Debe admitirse que lo blanco es negro si lo exige la disciplina partidaria.

Doblepensar: Se logra en primer lugar (como en parte vimos) con la tergiversación del pasado para no comparar la actual situación con la de antes. Para esto hay que aislarlo además del pasado, de los extranjeros. Así se les hace creer que su nivel de vida es superior al de los otros, actuales o anteriores. La meta última de esta institución es sin embargo, asegurar la infalibilidad del Partido, con la ayuda del Ministerio de la Verdad que controla los Documentos; y la del Ministerio del Amor que controla la represión y el espionaje. Con ello es fácil convencer que todo el bien procede del Partido y todo el mal de los "enemigos".

Queda todavía el fruto más preciado que será a su vez el medio más eficaz para consolidar el omnímodo dominio del Partido, es: *convertir a los niños en espías de sus padres*. El paso previo es hacerlos crueles y despiadados, destruyendo todo sentimiento de cariño y el sentido del bien y el mal. Para ello servía el espectáculo mensual de ahorcamiento de prisioneros de Eurasia y Estasia, al cual los niños reclamaban ir, so pena de desatar una agresión mayor y volverse ingobernables para sus padres. Con estos y otros entrenamientos en la violencia y el debido adoctrinamiento específico, pronto se convertían en implacables espías

de sus padres; al paso que alimentaban la mayor docilidad al Partido. El Partido por su parte, exaltaba a esos "Niños Héroes", "que habían escuchado una conversación comprometedoras entre sus padres, denunciándolos luego a la Policía del Pensamiento" (p. 36). Lo cual, lógicamente, llevaba no a la supresión de la familia, sino a hacer de ella "una prolongación de la Policía del Pensamiento. Por ese medio todos eran vigilados día y noche por quienes más al corriente estaban de su vida íntima" (p. 162). La paradoja intencional estaba en que se socava el sentimiento de familia, pero a su jefe máximo se lo denomina Hermano Grande... Esta era la nueva familia, sobre los escombros de la otra. El mismo Orwell, de ordinario objetivo y nada patético, dice: "En esto estaba el pecado más horrendo del Partido: en inculcar que impulsos y sentimientos no cuentan para nada" (pp. 197-8). La persona y el personalismo, esencia de la moral y de la sociedad civilizada, desaparece.

9. *El círculo diabólico de las nuevas clases:*

La nueva clase dominante: Los jerarcas del Partido: La "Clase Dominante" ha cambiado de signo, de componentes, pero permanece. Jamás se soñó con un dominio tan absoluto. Todos los mecanismos de poder están enderezados a perpetuarse como clase dominante. He aquí la estrategia que deja inocente a Maquiavelo: "Una *clase gobernante* sigue siendo tal mientras pueda designar a sus sucesores. Al Partido no le interesa perpetuar su sangre, sino perpetuarse a sí propio. Nada importa *quién* ejerza el poder, a condición de no sufrir alteraciones la estructura jerárquica" (p. 252). ¿Cómo se prepara a esta clase gobernante para perpetuar al Partido? No tolerando ni en ella ni en los afiliados al Partido, la más mínima divergencia de opinión. Nada de lo que hacen es indiferente y sus amistades, esparcimientos, etc., son objeto de la educación del nuevo "Príncipe".

La nueva clase privilegiada, es la que sucede a la antigua plutocracia y burguesía. La diferencia está en que ahora el surtidor del privilegio no es el dinero sino la pertenencia al Partido. Tampoco es la antigua aristocracia de la sangre: "La nueva aristocracia sería integrada, en su mayor parte, por burócratas, técnicos, hombres de ciencia, dirigentes de los sindicatos obreros, expertos en publicidad, sociólogos, profesores, periodistas y políticos profesionales... con mayores ansias del poder y, sobre todo, una mayor conciencia de su fuerza y un afán más pronunciado de eliminar toda oposición" (p. 246). La nueva clase privilegiada, los nuevos de *arriba*, a diferencia de sus antepasados, no actúan por instinto, sino con pleno conocimiento de sus objetivos: "De tiempo atrás se había hecho carne que la oligarquía no puede tener otra base sólida que el colectivismo. Es más fácil defender privilegios y bienes cuando constituyen un patrimonio común. Individualmente considerado ningún afiliado al Partido es dueño de nada, fuera de sus contados efectos personales,

pero colectivamente el Partido posee tanto cuanto hay en Oceanía" (p. 247). Quiere decir que la defensa de bienes *comunes* permite métodos despiadados. Con el testafarro de que defiendo al Partido, no *mis* intereses, se puede sacralizar la represión, por cruel que sea, sin manchar *su* desinterés. La mejor manera de apropiarse de todo es declararlo *común*: "A la verdad *Ingsoc*, originado en el socialismo de los primeros tiempos y heredero de su fraseología, ha llevado a la práctica los principios fundamentales de aquél... esto es, conferir título de permanencia a la desigualdad económica" (p. 248). La clase no es hereditaria, por eso dura, porque recluta sus afiliados entre los más aptos y desecha a los inútiles, es decir a los *Plebeyos: la eterna clase explotada: ¿Quiénes son los Nuevos Plebeyos? ¡Los que no son del Partido! La no pertenencia al Partido es la causa y el efecto de la condición de Plebeyos. Si uno es plebeyo, no puede pertenecer al Partido; y si no pertenece al Partido, es (se convierte) en plebeyo. ¿Y por qué no es admitido en el Partido y, por tanto, es plebeyo? Porque no tiene las cualidades de adhesión total, con renuncia de su ser. De hecho los plebeyos son los que no se han dejado moldear por el Partido y conservan los "antiguos" sentimientos. Son aquellos que durante los "Dos Minutos de Odio" no reaccionan cruelmente, no aclaman al Hermano Grande.*

Los que en las películas que se exhiben, no entran en plena comunión con sus temas despiadados, no se dejan moldear por lavados cerebrales. Por ej., en una de esas películas donde asisten también niños, se mostraba entre otras escenas crueles... "Un bote salvavidas pleno de niños... el helicóptero arrojó una bomba de 20 kilos sobre el bote y éste salió hecho astillas, seguidamente venía una escena admirable que mostraba el brazo de un pequeñuelo volando por los aires... estallaron aplausos en la platea ocupada por los del Partido; pero una mujer ubicada en las localidades destinadas a la plebe armó gran alboroto diciendo que no debían pasarse tales cintas en presencia de menores... hasta que acudió la policía y la sacó del local" (pp. 16-17).

Ni la desigualdad, pues, ni la explotación de una clase por otra desaparecen. Cambian los explotadores y explotados. Más aún la opresión de los unos sobre los otros se perenniza y legitima ideológicamente, siendo así que ahora se dan las condiciones de una mayor igualdad: "En el pasado, observa muy bien Orwell, la desigualdad constituyó el precio de la civilización" (p. 244). Con el maquinismo dejó de ser verdad eso. La igualdad pasó a ser un ideal realizable... Pero ¡vinieron el Partido y los Nuevos Privilegiados! En lugar de saludar con entusiasmo esta nueva aurora concluyeron que: "La igualdad entre los hombres dejó de ser un ideal para trocarse en un peligro" (p. 245). Peligro que el Partido evita despiadada y conscientemente, ahora, como desde tiempos inmemoriales, los de *Arriba* tienden a no perder sus posiciones a ningún precio; los del *Medio*, a cambiar de lugar con los de *Arriba*. "De las tres clases

sólo los de *Abajo* no lograron jamás, ni siquiera transitoriamente, ver realizados sus ideales. Mirando las cosas desde el punto de vista de los de Abajo, las transformaciones históricas más trascendentales se han limitado a un cambio de amo" (p. 242). Es lo que constatará también Garaudy ("La Alternativa", Ed. 'Tiempo Nuevo', 1972, pp. 60-61), que llama "ley maldita": "En todas las revoluciones de la historia, en todas las luchas de clases entre la clase oprimida y la dominante, la clase oprimida jamás llegó al poder. . . sino una tercera clase". Y en Oceanía es más impensable todavía. Sería necesario elevar moralmente a la Plebe de manera que avisore la libertad y empiecen a doler las cadenas. Esto es precisamente lo imposible, por la baja moralidad de la Plebe: "En Londres proliferaba una exuberante criminalidad, todo un mundo dentro de otro mundo, hecho de ladrones, asaltantes, prostitutas, traficantes de estupefacientes y pillos de la más variada ralea, pero como todo queda circunscrito a la plebe, no había por qué preocuparse demasiado" (p. 91).

10. *La destrucción del hombre:*

A. *Muerte del Pensamiento:*

No existe nada parecido a la libertad de pensamiento; "...si los sorprendían con un libro o llevando un Diario, podían ser condenados a la pena capital (p. 14), pero esto no era todo, ni los diferenciaba (a no ser cuantitativamente) de otras tiranías. Ingsoc iba mucho más lejos. No sólo reprimía el pensamiento, ¡lo *impedía!*. Dos son los problemas cuya solución tiene el Partido por delante: poder penetrar en el pensamiento ajeno por la fuerza y luego hallar el medio de aniquilar centenares de millones de seres en pocos segundos y por sorpresa" (p. 231).

¿Cómo se llega no sólo a reprimir sino a *impedir* el pensamiento? ¡Por todos los medios! Comenzando con que el Diccionario de "Neohabla" reduce al máximo las palabras, suprime adjetivos, etc... con la finalidad de que no se pueda expresar el pensamiento. Resultado tan fundamental que le permite esta identificación: "Neohabla es Ingsoc; e Ingsoc es Neohabla" (p. 69). Pero la destrucción y muerte del pensamiento la consume la institución más original y querida de Ingsoc y Oceanía: *La Policía del Pensamiento*.

11. *La destrucción de la verdad: "La mentira es verdad"; "Doblepensar":*

Esta suprema perversión procede de dos raíces ya presentes en nuestro mundo:

1ª La existencia de Partidos Políticos que pretenden imponer al mismo tiempo una visión filosófica del hombre en su totalidad, del Mundo y del mismo Dios, sin tener ni preparación filosófica ni teológica. Con el

método de las ciencias empíricas o sociales no cabe siquiera resolver los problemas totalizantes de la filosofía y teología.

2º Profesar este principio: "En Filosofía, Religión, Moral o Política, dos y dos pueden ser cinco; pero al proyectar un avión o una pieza de artillería tienen que ser cuatro ineludiblemente" (p. 237). Esto no es más que el desarrollo del supuesto marxista de que las ideas interpretan el mundo, la praxis lo transforma. Supuesto que se ha inoculado incluso en la formación de escolasticados eclesiásticos en que la "denuncia", la "protesta", llegaron a suplantar al rigor y exactitud de la teología y filosofía que es tanto o más exacta que la física o matemática. Ese falso supuesto es lo que ha enfermado a la Iglesia.

Otro mecanismo para destrozarse la verdad e implantar la mentira se funda y consume en la persuasión de que "la realidad no existe sino en el Partido, en un entendimiento colectivo y, por tanto, inmortal. Lo que el Partido afirma, eso es la verdad" (p. 297). En efecto el Partido se convierte en el legislador supremo de la verdad y no tolera desviaciones doctrinales. Su pretensión va muchísimo más allá de la Inquisición. Esta castigaba el error, pero respetaba la prerrogativa de la conciencia y el derecho subjetivo a equivocarse. Se mataba al pensador, no al pensamiento. Al contrario, éste era considerado más importante que la vida. En cambio el Partido se propone destruir la verdad. Condena a muerte, pero antes de ejecutarle, mata a su pensamiento de manera que muera proclamando no su verdad sino la del Partido. Desaparece toda consideración a la dignidad de la conciencia. Con lavado cerebral cada vez más tecnificado y despiadado, se destruye el *pensamiento*. No se permite que el error sea llevado a la tumba. El que se desvía de la ortodoxia del Partido o se purifica o se lo declara loco y se lo lleva al hospital mental. Pero en ninguna hipótesis se le permite morir desafiando la verdad del Partido. No hay "Mártir de la verdad", sino locos o conversos. "Nosotros perfeccionamos el cerebro antes de hacerlo saltar en pedazos" (p. 305). Antes de morir no se les invita a arrepentirse *¡deben arrepentirse!*: "Cuando acabamos con ellos no tienen de hombres sino la figura... Nada queda de ellos sino el arrepentimiento y un inmenso afecto por el Hermano Grande" (p. 305). Esto es lo que no tiene precedente en ningún sistema represivo. Se lo tortura para conquistarlo para su doctrina: "Hacemos de él uno de los nuestros antes de quitarle la vida. No toleramos que el error exista en parte alguna del mundo, por oculto e inofensivo que pueda ser. Ni en los supremos instantes de la muerte podemos permitir la menor desviación doctrinaria" (p. 304).

La gran originalidad de Orwell es caer en la cuenta reflejamente de algo que existe ya como tendencia en ciertos totalitarismos, pero incipientemente. Las víctimas de purgas rusas conservaban su espíritu rebelde ante el piquete de ejecución. Ingsoc no permite que se vaya a la hoguera, blasonado públicamente de herejía, como permitía la inquisición.

Esta finalidad está preparada por el *doblepensar*, meta e instrumento del sistema: Doblepensar es albergar simultáneamente en el entendimiento dos creencias contradictorias. Es la médula del Ingsoc, pues capacita para utilizar un engaño consciente sin desmedro de la firmeza de propósito. Afirmar falsedades y creer en ellas; afirmación y negación sucesiva, siempre con la mentira un paso adelante de la verdad. Esta conciliación de lo contradictorio lo expresaba el enunciado de los Ministerios: Paz, corre con guerra; Verdad, mentira; Amor, torturas; Abundancia, escasez. He aquí cómo describe sus frutos tan preciados por el Partido: "Saber y no saber, tener conciencia de estar expresando la verdad cuando deliberadamente se dice una mentira, tener al mismo tiempo dos modos de pensar opuestos el uno al otro y creer en ambos: emplear la lógica contra la lógica, repudiar los principios morales y atribuirse sus virtudes; creer que la democracia es una quimera, y tener al Partido como custodio de esa democracia; echar al olvido lo que conviene olvidar, para luego volver a recordarlo en la ocasión propicia, y a renglón seguido relegarlo una vez más al olvido... inducir a sabiendas a un estado de inconciencia y, luego, perder todo sentido de haber obrado por sugestión, momentos antes" (p. 48).

Si se reconoce que esto lo vivimos ya en medida comparativamente pequeña, pero absolutamente temible, se comprende por qué hablamos de "Evolución de la moral". Si se permite inicialmente, ya todo fluirá y lo que se quiere evitar, llegará.

12. *Desprecio y destrucción de la vida:*

En ninguna estructura de la sociedad de Oceanía o del Ingsoc hay un resquicio de respeto a este derecho fundamental. Toda la organización no sólo prescinde de esas consideraciones, sino que está orientada a la destrucción de las vidas no enfeudadas al Partido. Las personas no tienen domicilio conocido. No hay listas de ciudadanos en ninguna parte. Todo está dispuesto para desaparecer sin dejar rastro.

Los Medios de Comunicación, en particular el cine y la T.V., son las grandes escuelas de desprecio a la vida. Pero el medio más terrorífico era la tortura. Orwell estampa uno de sus mejores pensamientos para calificar lo insostenible de este tormento, y por lo mismo da la razón de su eficacia para lograr la sujeción. Dice: "Nada hay sobre la tierra más atroz que un dolor físico. Ante esa clase de dolor no hay héroes, y sin embargo, es el método oficial de reeducación, constantemente aplicado. No únicamente para arrancar confesiones, sino también para "convertirlos" antes de matarlos; mas nunca para salvarlos. No hay manera de escapar de la tortura; ni siquiera la capitulación. Al que una vez se ha apartado del redil, no se le perdona jamás: Se le extrae lo que ahora tiene adentro, para llenarlo con lo nuestro" (p. 306), le dice el verdugo, y luego se le ejecuta.

¿Por qué esta satánica mística del dolor? He aquí la siniestra razón: "¿De qué modo ejerce un hombre su influencia sobre los otros? ¡Haciéndolos sufrir! Eso mismo, haciéndolos sufrir. No basta la subordinación. A menos que el subordinado sufra. ¿Cómo saber que obra por propia voluntad y no influido por la de quien manda? El poder consiste en causar dolor y humillación, en desgarrar a pedazos el entendimiento humano para volverlo a reconstituir conforme a nuestros propósitos..." (p. 318). Ese mundo se tornará no menos, sino *más* despiadado a medida que se vaya perfeccionando. El progreso consistirá en evolucionar hacia padecimientos más perfeccionados: "A cada uno se le atormenta con lo que más teme... y a él (al protagonista) ¡una jaula de ratas! Implora, hasta pide que castiguen así a Julia (su amante) (p. 342)... hasta que acaba de triunfar sobre sí mismo: Ahora amaba al Hermano Grande" (p. 355). ¡Así termina la novela!

Pero con amar al Hermano Grande, no se salva. A él, como a cualquier desafecto al Partido, se le "desaparece", se le "evapora". Tarde o temprano, una noche ¡siempre sucedía de noche! el que cometió un "delito de pensamiento" será iluminado en su habitación y luego será evaporado, es decir, se borra de los registros, se pierde su identidad; se los llamaba "impersonas".

Es éste el más refinado y original método de Ingsoc. Todas las demás tiranías se contentaban con matarlos. En cambio ahora *el Partido borra su memoria ¡No han existido!*, se los destruye también más allá de la muerte: "No toleramos que los muertos se alcen contra nosotros. Debe usted renunciar a su idea Winston de que la posteridad le hará justicia. La posteridad jamás llegará a saber nada de su persona, porque la habremos eliminado por completo de la dimensión del tiempo... Nada quedará de su ser: Ni su nombre en un documento, ni su recuerdo en la memoria de un solo ser viviente. Usted será aniquilado en lo pasado y en lo futuro. No habrá tenido existencia jamás" (pp. 303-4).

13. *La peculiar evolución de la moral sexual:*

Veamos con sus propias palabras la finalidad que el Partido tenía con respecto de la sexualidad y lo que se proponía como meta: "Era postulado del Partido matar el instinto sexual, y de no ser eso posible, al menos desvirtuarlo y envilecerlo" (p. 85).

"En el porvenir no habrá cónyuges ni amistades. Los niños serán separados de sus madres al nacer" (p. 319). Más aún: "El instinto sexual habrá desaparecido. La procreación se verificará por cupos anuales... No existirá la fidelidad, excepto aquella que se debe al Partido. Y no habrá amor, salvo el amor por el Hermano Grande..." (p. 319). ¿Por qué?: "Los placeres habrán dejado de contar como incentivos en la vida" (p. 319); *pero no para todos: la plebe los tendrá*. La supresión del placer

es para los miembros del Partido. En extraño contraste, en la plebe se los exacerba hasta el punto de que en el "Departamento de la Fantasía" se hacían "películas rezumando sexualidad, incluso había toda una sección denominada *Pornosec* dedicada a producir material pornográfico del más crudo y repulsivo realismo, material que luego era despachado en paquetes sellados y lacrados, pues su lectura estaba vedada a los afiliados al Partido" (p. 58). Esos "cuentos de amor" y otros folletos pornográficos "que los jóvenes de la plebe adquirirían como si fueran libros prohibidos, giraban en torno a media docena de argumentos con ligeras variantes" (p. 159).

El delito imperdonable era la falta de continencia entre los afiliados al Partido. Era tan imperdonable que para evitarlo o suprimirlo de raíz *existía una "liga juvenil antisexual"*; a la cual pertenecía Julia (amante del protagonista) que por eso odiaba al Partido, porque quería "disfrutar de la vida" (p. 60); anhelaba maquillarse y vestir faldas, cosa que el Partido no permitía. Esta falta de continencia era imperdonable... "aunque fuese uno de los delitos que invariablemente solían confesar los acusados en el transcurso de las grandes purgas" (pp. 84-5).

El rigor de la vigilancia de la vida sexual entre los miembros del Partido, alcanzaba también a los casados: "Los matrimonios entre afiliados al Partido requerían la autorización previa de una Junta especialmente designada para el efecto, y por más de que nunca se daba a conocer el motivo real, los permisos eran negados siempre que los futuros cónyuges dieran muestra de sentir mutua atracción física. Desde el punto de vista oficial el matrimonio no tenía otra razón de ser que la de procrear hijos para el servicio del Partido" (p. 85). Por lo mismo: "El Partido no permitía el divorcio, pero alentaba la separación cuando no había hijos" (p. 86).

¿Por qué el Partido reprime la vida sexual? Esta es la pregunta más inquietante. Este extraño comportamiento en regímenes totalitarios actuales está parcialmente presente; y por eso cae dentro de lo que hemos llamado *evolución moral*. La razón que da Orwell, contemporáneo de Freud, es ésta: "No se trataba solamente de impedir que el instinto sexual, al crear su propio mundo, escapara a la férula del Partido: Lo esencial está en que la castidad engendra el histerismo, elemento excesivamente útil desde el punto de vista partidario, pues era susceptible de ser trocado en fiebre bélica o en sumisión incondicional a un venerado Jefe. Lo explicó de este modo Julia, muy versada en este campo. Todo lance de amor lleva consigo un desgaste de energías: cumplido el propósito se siente uno feliz y sin importarle un rábano de lo que sea. Y al Partido no le conviene ese estado de ánimo, pues reclama la exclusividad de las energías totales en todo tiempo. Manifestaciones, vocinglerías y despliegues de cartelones no configuran sino la suma de instintos sexuales reprimidos y desviados de su primitiva finalidad. A quien se siente dichoso en lo más íntimo de su ser, ¡qué puede importarle el Hermano Grande, los Planes Trienales, los Dos Minutos de Odio y demás tonterías? (pp. 161-2). Hay que distinguir

el *hecho* de la *explicación* del hecho. La explicación se parece mucho a la Sublimación Freudiana: "Lo que Freud llama *sublimación* es creación del espíritu incorporada a la nubosa materia de la sensación; y la sensación más simple ya es poesía de los centros inferiores (Max Scheler: "El Santo, el Genio, el Héroe". Ed. Nova, p. 130). La sublimación no puede resolver lo superior en lo inferior. Freud niega la espiritualidad de la libertad. No es que se transforma tal energía, sino que es usada libremente por el espíritu. Pero, fuera de esa adhesión total a la idea de Freud, el acierto de Orwell existe. Y desde el punto de vista moral, tan malo es el ejercicio incontrolado, como la extinción del instinto sexual dado por Dios.

14. *El fin de la religión (y del culto):*

De hecho: La religión positiva ha desaparecido. De las Iglesias apenas hay recuerdos: "Quedan muchas, aunque ahora se las destina a otros usos" (p. 123); es decir, continuó la evolución de lo que ocurre ahora en países totalitarios.

De derecho: ¿También ha desaparecido? No es éste el lugar para responder en teoría. Estamos analizando el mundo totalitario como lo presenta Orwell. En ese mundo se dice: "En filosofía, religión, moral o política, dos y dos pueden ser cinco" (p. 237). Esto significa un *no* a la razón humana y por tanto también a Dios. Se da así un ateísmo no cuestionado y no adquirido a base de raciocinio. No hay el menor asomo de argumentación contra la existencia de Dios. Se niega y persigue a Dios no como un error, sino como un mal o una ilusión dañina. Esa es la opinión dominante que se sostiene con afirmaciones tan contundentes como vacías: "Antes de que el hombre apareciera sobre la tierra, sólo existía la nada; y cuando el hombre haya desaparecido, si es que algún día desaparece, el universo volverá a la nada. Fuera del hombre no hay existencia" (p. 317). ¿Pero cómo apareció y desaparece? Los argumentos o no existen o son una nada redonda.

A los plebeyos (por razones análogas a lo dicho acerca de la sexualidad), se les podrá hacer alguna concesión: "Y hasta se les hubiera dado libertad para profesar su culto, si los plebeyos hubiesen dado señales de necesitarlo o deseirlo... Tal lo expresaba uno de los lemas partidarios, 'los plebeyos y los animales son libres'" (pp. 91-2). ¿Qué entenderán por *necesitarlo*? ¿Para qué?; no se sabe, pero es de suponer que se trata de necesitarlo para alienarse más; mas como ya lo están en demasía... *Fuera de esa hipótesis irreal, el culto, la religión, están severamente prohibidos y perseguidos.* Esto está tan entrañado al sistema, que no se insiste especialmente. Dios y la Religión parecen, pues, asunto liquidado. Sólo se registran especie de deslices casi involuntarios, y aun estos se reprimen; por ej. el poeta Ampleforth, había sido detenido porque en una edición de las poesías de Kipling: "Permití que el vocablo *Dios* figurara al final

de un verso. ¡No había otra cosa qué hacer! Era imposible modificar aquel verso" (p. 277).

En resumen, *explícitamente* Dios también es un "Desaparecido" y se borró la memoria de su pasado; pero *implícitamente* o anónimamente, volvemos a la pregunta, *¿pueden desaparecer totalmente la religión y Dios?* No, porque al menos hay que recordarlo para que no se recuerde, para que no aparezca. Pero hay más. Subsiste su *realidad* aunque haya desaparecido su nombre, como se transluce en este diálogo: "Sé que ustedes fracasarán. Algo hay en el Universo, no sabría decir qué, algún espíritu, un principio quizá, al cual jamás lograrán ustedes sobreponerse. —¿Cree usted en Dios, Winston? —No. —Entonces ¿qué principio es ése contra el cual vamos a estrellarnos? —No lo sé. El espíritu del hombre, quizá. —¿Y se considera usted un hombre Winston? —Sí. —Si usted es un hombre Winston, considérese como el último ejemplar de su especie, de una especie extinguida a la cual hemos sucedido nosotros" (p. 322). Trágica confirmación de que la muerte de Dios es muerte del hombre.

Otro pensamiento esporádico, indirecto, pero revelador es éste: "Mientras los hombres sigan siendo humanos, la vida y la muerte no son sino una sola y misma cosa" (p. 165). ¿Hay una confesión implícita de *eternidad*, esto es que la muerte no suprime la vida; que hay vida eterna? Tal parece, aunque sea sólo conjetura.

15. *¿Cabe recuperación? ¿Es posible salir del estado totalitario?*

Esta pregunta se puede responder negativamente, sea por todo el tenor y contexto de la novela; o a base de textos explícitos que Orwell proporciona. Nos limitamos a esta segunda manera. Hay muy pocos textos, pero en uno de ellos se plantea la cuestión expresamente: "Sólo existen cuatro formas por las cuales una clase gobernante puede llegar a ser derribada del poder:

- 1) Intervención extranjera;
- 2) Rebelión de las masas por actos del mal gobierno;
- 3) Surgimiento de una poderosa y descontenta clase media;
- 4) Pérdida de fe y voluntad para seguir gobernando" (p. 248).

Orwell considera sistemáticamente cuál de estas cuatro formas sería posible para derribar el Ingsoc. He aquí su análisis:

1) "*Intervención*", evidentemente se excluye: Los Tres Superestados son análogos y más bien se apoyan mutuamente para mantener el sistema (p. 248).

2) *Rebelión de las masas*: "No pasa de ser teórico: las masas no se rebelan jamás por impulso propio y tampoco por el solo hecho de

vivir oprimidas; a la verdad, mientras no disponen de medios para establecer comparaciones, ni siquiera advierten la existencia de la opresión ejercida sobre ellas" (pp. 248-9). Y antes había dicho: "Hasta haber adquirido conciencia no se rebelarán; y no pueden adquirirla sin rebelarse antes" (p. 90).

3) *Surgimiento de una clase media descontenta*: Orwell es más cauto en excluir esta causa: "el único peligro reside en la disidencia de un núcleo constituido por gente capaz, sin suficientes medios de subsistencia y con ambiciones políticas o en el surgimiento de un espíritu liberal y escéptico en sus propias filas" (p. 249). Pero ¿es esto posible en Oceanía? ¡No! Por la estructura de Gobierno. El peligro sólo podría provenir de los Plebeyos (el 85%); pero: "Los más capaces entre ellos, que acaso podrían constituir un núcleo de insatisfechos, son simplemente eliminados por la Policía del Pensamiento" (p. 251).

4) *Pérdida de fe y de voluntad de la clase gobernante*: Tal como está estructurada, se descarta esta cuarta posibilidad porque: "Una clase gobernante sigue siendo tal mientras pueda designar a sus sucesores" (p. 252).

No cabe, pues, rebelión, en ninguna hipótesis. En efecto en el momento en que el Protagonista W. Smith lee (de un libro fraguado) estas palabras: "El futuro tendría que estar en la Plebe: Donde hay igualdad, la lucidez tiene que imponerse; el pensamiento se convertiría en fuerza" (p. 264). ¡En este instante se rompe un cuadro, y de la Telepantalla surge la voz que lo petrifica y un número de personas vestidas de negro irrumpen en el cuarto...

La raíz última de esta imposibilidad de salir del Estado Totalitario es la deshumanización: "Si pudiéramos *sentir* que vale la pena seguir siendo humanos, aun cuando nada absolutamente se gane con ello, entonces les habremos ganado la partida" (p. 200). Eso es lo irrealizable ¡sentirse humano! Las torturas, drogas, delicados aparatos que registran las reacciones psíquicas, el confinamiento solitario, la privación del sueño, los agotadores interrogatorios y cuanto medio proporcione la técnica, ha quebrado todo espíritu de resistencia. "Pero si el objetivo del individuo fuese no conservar la vida sino seguir siendo humano, ¿qué importaba todo lo demás?" (p. 200). Lo que pasa es que esas condicionales no se dan puesto que el hombre ha sido deshumanizado.

No queda, pues, remedio. No cabe consolarse con otras experiencias: "Las oligarquías del pasado fueron derribadas por haberse osificado en el poder o por haberles faltado energía... o bien se hacían liberales y pusilánimes, otorgando concesiones cuando debieron emplear la fuerza. Vale decir que cayeron por inconciencia o por excesivamente conscientes. Ha correspondido al Partido instaurar un modo de pensar que incluye, a la vez, lo consciente y lo inconsciente. Si se quiere gobernar, y continuar gobernando, se ha de ser capaz de dislocar el sentido de la realidad,

porque el secreto del poder reside en creer en la propia infalibilidad y estar dotado de la aptitud de sacar partido de los errores cometidos en el pasado" (p. 258). El Partido tiene con creces esa aptitud; y, por tanto, no hay posibilidad alguna de salir, respuesta que avala todo el tenor y contexto de la novela.

Conclusión:

La novela, en su coherencia y férrea lógica da razón a todo el sistema. Lo previsto se cumple al final: La Policía del Pensamiento lo descubre todo. Cada proposición ha sido verdad. El triunfo del Partido es total. No hay manera de resistirle. Todos los amagos de resistencia, acaban por confirmar que es cierto lo planeado y que el método funciona. Por muy absurdo que aparezca en sus partes, mientras se lo presume desmentir, vencer; ¡se está cumpliendo! No hay manera de liberarse de su diabólica lógica, una vez desatada. Sólo cabe no caer en el sistema, en el engranaje del Partido; pero si se cae, sus tentáculos, imaginados con lujo de situaciones y complicaciones, inexorable y fatalmente se cumplen! El resultado final es terriblemente impresionante. El triunfo absoluto del mal. No hay resistencia válida contra ninguna medida del Partido. La aniquilación del hombre se consuma inexorablemente. Todas las riendas están cogidas. Hay una especie de fatalismo, pero no de índole religiosa, sino organizativa. ¿Qué hacer? ¡Impedir que venga! Pero no ilusionarse con que uno lo pueda combatir una vez llegado. Este es el mensaje espantoso. No se objete que es inverosímil; que no puede ser tan malo el hombre, etc. El mal absoluto debe apartarse absolutamente. Cualquier atenuante o error, es inexorable: "Dejad toda esperanza los que entráis". Es el infierno; y no puede experimentarse. Esto es lo más horrible; y sin embargo, es su posibilidad. No puede experimentarse; pero la tentación, desde el jardín de Edén, es experimentarlo. La novela tiende a proteger de esa tentación de experimentarlo. Es su mensaje, si tiene o no tiene éxito, depende del destinatario, del lector.